

PILAR NASARRE

Tallado en nieve



Tallado en nieve

COLECCIÓN
LITERADURA

Pilar Nasarre

Tallado en nieve



Primera edición: noviembre de 2020

© Pilar Nasarre, 2020

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2020
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)
www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-122371-2-2
Dep. Legal: M-26740-2020

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Red & Snow*

Producción gráfica: Artes Gráficas Cofás

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Tallado en nieve

A José

*Solo perduran en el tiempo
las cosas que no fueron del tiempo*

JORGE LUIS BORGES

PRIMERA PARTE

PALABRAS CAUTIVAS

I

EL OJO CREA LA IMAGEN. Soy fotógrafa y esta es una de mis máximas, pero ahora mismo dudo de lo que ven mis ojos. La razón de ponerme a escribir es que no me fío de las imágenes: no son lo que parecen.

Desconfío de Víctor, mi amor secreto. No sé si estoy descubriendo que le desconozco o si estoy empezando a conocerle. Quizás es el mismo de siempre y lo que ha cambiado es mi manera de amarle y, con ello, de mirarle. Quizás, porque si es cierto que el amor transforma al amante hasta el extremo de que ve al amado y a todo lo que forma parte de él, incluidos sus fallos y sus debilidades, como un trasunto de lo extraordinario, no menos cierto será que, al rebajarse la dosis de amor, la visión del amado pierda ese sentido unívoco y único y se descomponga en múltiples y, a veces,

contradictorias facetas; en definitiva, en algo tan incompleto e imperfecto como cualquier ser humano.

El caso es que llevo un rato viendo fotografías de Víctor, todas hechas por mí, y que hay unas cuantas que, sobre todo si las comparo con las otras, me resultan inquietantes. Precisamente, pertenecen a la serie que no ha sido publicada, puesto que las hice para mí y no por encargo profesional.

Hacerle fotografías a un pensador importante, filósofo y ensayista, «intelectual oficial», le llaman algunos, fue mi primer trabajo para la agencia estatal de prensa y la ocasión para que Víctor Souza y yo nos conociéramos. Desde entonces mi cámara ha captado su imagen en distintos momentos. Su imagen ideal, con la que hasta ahora lo había representado en mi pensamiento y que modela todas sus imágenes públicas: Víctor mirando a la altura de los hombres, con elegancia en el porte, con entradas en la frente, con nobleza y sinceridad en el gesto, con esa claridad varonil que tienen las figuras clásicas.

Las estatuas. Puede que ellas me ayuden a entender estas fotografías distintas a las demás y que mi cámara capturó al azar. Quiero que quede claro que mis ojos no crearon la imagen de Víctor; no lo vi previamente o, al menos, no de un modo consciente. Aunque, por supuesto, sí decidí la técnica. A este fin, deseché utilizar una digital o un enfoque automático y configuré una máquina que hoy es ya una pieza de museo. Opté, además, por la belleza conceptual, por abstraer

los colores de la imagen y limitarme al blanco y negro, que mente menos. Elegí el tiempo, la luz, la perspectiva. Elegí, sobre todo, el lugar apropiado donde retener a Víctor: en la explanada de las Estatuas.

Era la primera mañana de este septiembre. No me había costado convencerle para que posara. Sus posibles reticencias cedieron enseguida cuando le dije que era una perfecta excusa para vernos y que deseaba su imagen en exclusiva para mirarle como miran los amantes las fotografías de su amor. Nadie, de habernos visto, habría sospechado de una fotógrafa cargada con un pesado instrumental que incluía un trípode. Como tampoco sospecharon los policías del puesto de vigilancia a la entrada de la explanada. Y, una vez dentro, pudimos comportarnos con entera libertad. Allí no había nadie más que nosotros.

Fue perfecto. Hacía sol y el frío suficiente para que la nieve que había caído la noche anterior no se hubiera derretido. La luz era como un ámbito; y el silencio, contagioso. No había una sola sombra. Las estatuas, aún más blancas en aquella blancura, lejos de fomentar la idolatría —crítica que se les hace a menudo—, representaban los cimientos de nuestra civilización, la memoria inmortal de una humanidad mortal. Y el frío, el despojamiento de vida en la quietud de la piedra, las hacía más esenciales: eran como un ejército de ideas bajo el cielo azul.

Y Víctor, mirándome. Recuerdo la serenidad en su rostro y el aire de dignidad que convenía a la grandeza que respirábamos. Y cómo acogía a mis ojos, qué innecesarias hubieran sido sus palabras, que no dijo, aunque me pareció que nadie hasta entonces me había transmitido una teoría tan alta del amor. Yo solo hablé para indicarle dónde tenía que colocarse. Le hice diez fotografías, con variados encuadres calculados previamente y distintas estatuas detrás o junto a él. La que representa a la diosa de la razón es la que más se repite: una diosa desnuda de factura neoclásica con un haz de luz en la mano. Pero da igual que sea esta o la dedicada a la justicia o a la libertad. Da igual el enfoque, la distancia, el tiempo de exposición. En definitiva, no es la técnica lo que falla, sino lo único que no había previsto: la imagen de Víctor, que, al menos en cuatro de las fotografías, es la de alguien que no reconozco.

Prefiero creer que mi mano, al accionar el disparador de la cámara, no actuó bajo el control de mi mirada, que hubo un desajuste entre ambos. En cualquier caso, yo no vi esta imagen de Víctor que aparece en varias fotografías y que, estoy segura, tampoco es la que él quería dar de sí mismo. Quizás también en él se produjo un desajuste, un instante breve antes de quedar prisionero de su imagen habitual, un extravío fulgurante que mi cámara captó y que, aunque aún no le puedo otorgar significado, no cuadra con una persona como él. No sé, hay en su rostro un apunte de sonrisa, aca-

so de ignorancia, algo que le entreabre la boca con la blandura de la satisfacción.

Pero no solo desconfío de las imágenes, sino de la realidad que estas crean. Ariel, del que todavía no quiero hablar, me dijo que las imágenes se estaban apoderando de la historia. Y a lo mejor también se han apoderado de mí. A lo mejor vivo en función de las imágenes que he ido creando. Imaginaciones de mí misma y del mundo de las que estoy tratando de librarme aun a costa de que me invada la oscuridad. Quizás, incluso así, quedará la verdad como un empeño, como una voz que aspira por sí sola a la representación, sin álbumes de fotografías, sin una intención de significados y símbolos, sin espejos: pérdida.

Sí, yo tampoco soy la que parezco. Mis maneras son las de una mujer independiente entre cuyos planes, a los treinta y cinco años, no figura el de dejar de serlo. He sido reportera en zonas de riesgo, lo cual me ha dado fama de valiente y de buena profesional, las dos cosas unidas, el trabajo y el carácter, un estilo, una vida... Pero no estoy segura. A veces pienso que hay cosas mías, casi secretas hasta para mí misma, agazapadas tras la pantalla en la que me veo vivir. A veces cierro los ojos y me siento otra. Me imagino, por ejemplo, caminando entre la niebla en una estación de trenes como las que aparecen en las películas antiguas, con gabardina, sombrero y esa indefinición y ese misterio de quien no tiene un sitio adonde

huir y huye cogiendo un tren nocturno hacia la noche y la lejanía. O me imagino yendo a una cita con un desconocido en una ciudad desconocida. Puedo imaginar muchas maneras que no son las mías. Y si trato de eliminar cualquier situación, si no hay tren, ni edificios altísimos, ni nada imaginable, entonces, en esta oscuridad física y mental, tengo un miedo infantil que contradice a la mujer independiente que parezco ser. Es como si necesitara que me abrigaran.

A veces huelo a Víctor.

Y le veo, porque su olor es inseparable de su imagen. Pero no de esta vulgar e inodora de las fotografías últimas, sino de la que representa al Víctor que yo he creído auténtico y que retuvieron mi cámara y mi corazón desde el primer día que le conocí. Fue hace unos siete meses, a mediados de marzo. Era el Día de la Fraternidad y Víctor Souza pronunciaba un discurso en la Academia de la Historia. Aparte del personal acreditado de los medios de comunicación —el acto iba a ser televisado—, no había mucho público. Yo tenía que hacerle, además, una serie de fotografías extra en la biblioteca de la Academia, pues en la agencia habían proyectado dedicar un número completo de la revista nacional a sus palabras y a su persona.

«La democracia es el bien supremo de nuestra civilización y supone algo más que una forma de entender el gobierno humano: es la conciencia de haber alcanzado la libertad

y el deber de propagarla hasta el último confín del planeta». Palabras de Víctor Souza. Palabras que poblaron la nave de la Academia de convencimiento y en cierto modo del público que hubiera merecido su oratoria y hacia el que él, subido en una tarima, se dirigía. «Ciudadanos, hoy, más allá de la adscripción política, nos une el respeto a la ley, basado en una noción de ser humano y en la esencia de una experiencia que es nuestra meta última, porque confiamos en que será universal». Palabras de Víctor. Su voz honda guiando a los aurigas de los frescos de la cúpula, el tiempo alado que se posaba en su boca, el ayer, el hoy, el destino ineludible al que apuntaban sus manos, su figura vestida de negro, de americana y jersey fino de cuello alto negro, sus gestos, todo él, y en aquel ambiente de luz de tiza y estallidos de flashes y, sobre todo, en aquel silencio cuando se quedaba callado y fijaba la imagen, todo él parecía enunciar la verdad...

Parecía un maestro. Y provocó, en el espejo íntimo donde proyectaba mi decidida independencia, una secreta mudanza: vi mi vida sin brillo, empañada por un deseo remoto y a la vez cercano como su olor. Lo percibí en la biblioteca de la Academia, que no se usa como tal, en realidad es una dependencia de anticuario, conservada igual desde hace tres siglos, y su objeto hoy es ser exhibida un día determinado al público interesado o bien ser utilizada para reportajes similares al que se iba a elaborar gracias a

las imágenes de Víctor Souza que allí me dispuse a captar con mi cámara.

Imágenes entre armarios, anaqueles, lomos de libros y siglos: un Víctor pensativo, de interior, casi melancólico cuando se sentó a una mesa, a petición mía, con un libro en las manos. Casi desamparado en el espacio acotado por la luz amarilla de una lámpara. Casi. Porque entonces todas sus imágenes eran variaciones de la única imagen de Víctor, que era el equilibrio mismo. Y así era su olor, una armonía de aromas opuestos, como si los trescientos años de la biblioteca se hubieran impregnado de la frescura de un instante. Víctor olía a madera y a limpio.

Nada, entonces, perturbó la atracción que sentía por Víctor Souza.

Ni siquiera su mujer, que le estaba esperando a la salida de la Academia. Vino a buscarle con el coche y se mantuvo de pie al lado del mismo, en el aparcamiento, mientras Víctor, en lo alto de la escalinata, se despedía de algunos que habíamos salido acompañándole. A mí, en particular, me preguntó mi nombre y me dijo que se congratulaba de que trabajara para la agencia. Yo lo traduje en que tarde o temprano nos volveríamos a ver. Y me quedé mirándolo irse. Nada, en aquella última escena, deformó su imagen, ni la costumbre de bajar la mejilla para que su mujer le diera un beso, ni el gesto de esta sacudiéndole con la mano una mota

de polvo o lo que fuera de su americana negra, ni que se lo llevara en el coche como una madre a su hijo. Simplemente, aunque solo la vi de lejos, no me pareció una mujer para Víctor.

Claro que ahora ya no sé quién sería una mujer para Víctor, porque tampoco sé si su imagen de algunas de estas últimas y recientes fotografías, tan pobre al lado de las estatuas, le miente o le desmiente. Tan dudoso es que ahora me hace dudar incluso de su discurso de aquel día en que le conocí, o, al menos, del montaje en torno al mismo. Nada era inocente. Así, la iluminación, que estaba pensada para crear en la sala un ambiente como de día nublado, poroso, y para realzar su figura vestida de negro en lo alto de la tarima, bajo la cúpula, en una verticalidad donde la luz semejava la de un día muy claro. Y así, daba la impresión de que Víctor, con su sabio manejo de la voz y del silencio, iba impregnando de vida el espacio igual que el sol cuando sale de pronto en medio del frío, era así de evidente, y lo que decía, aun cuando fuera un resumen de ideas tantas veces oídas, una mera nominación de valores compartidos, sonaba con la fuerza y la simpleza de lo esencial.

Estaba, entonces, tan segura de Víctor que hasta hace muy poco, en realidad hasta que he empezado a desconfiar de él, no me he acordado de un incidente que hubo al finalizar el discurso. Ninguno de los presentes le dimos importancia: la

emoción que nos embargaba impidió que prestásemos atención a un provocador; es más, todos aplaudimos por segunda vez para acallarlo. Ocurrió cuando aún duraba la impresión de los primeros y auténticos aplausos, que, agradecidos, iban dirigidos a Víctor Souza. Alguien de entre los periodistas alzó una voz rara, muy fea comparada con la que acabábamos de escuchar. No le vi la cara. Dijo que el acto era un gran montaje destinado a inculcar un orden desde los medios de comunicación. Y añadió: «La democracia, sin ciudadanos capaces de pensar por sí mismos, no existe».

A Ariel a veces se le quiebra la voz. ¿Sería Ariel?